

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

EL 1.º DE MAYO

ó la

## Pesadilla de Miguel

Déjate de pamplinas, hombre (dijo á Miguel su esposa Rafaela), y no pienses más en socialismos ni tonterías; con nuestro jornalillo vamos adelante, aunque trampeando y con trabajos, y cuando el maestro te dé los diez y ocho reales diarios que te tiene prometidos, hasta podremos hacer algún ahorro.

Miguel miró á su mujer con aire entre despreciativo y burlón, y se salió á la calle. Era el 1.º de Mayo. Numerosos grupos de obreros recorrían en tumulto la ciudad. Miguel se incorporó á ellos; en una encrucijada los polizontes disolvieron á palos la manifestación. Corren unos por un lado, otros por otro; el grupo en que iba Miguel se refugió en una taberna. El templo de Baco ardía en discusiones, disputas, gritos y blasfemias; el vino y el aguardiente corrían de mano en mano y enardecían las cabezas. Un orador improvisado, subido en una mesa, explicaba las doctrinas del socialismo. Miguel fué de los que le escucharon con atención, pero no por eso dejó de beber mucho vino como los demás.

A las seis de la tarde se sintió horriblemente marcado, y se marchó á su casa. Su mujer le regañó: «¡Pero hombre! ¿Ves á lo que vienen á parar estas misas? ¡Tú!... ¡El mejor de los oficiales del taller, borracho como una uva!»

A Miguel, la borrachera le había dado por reír. Se reía terca, monótona, estúpidamente; pero al fin aquello era risa, y contagiosa. Su mujer le decía: «¡vamos, vamos, acuéstate, hombre, que me da mucho asco vertel!»

—¿Asco, eh?—contestaba él—ja, ja, ja; Rafaelilla, Rafaelilla, ya se acabó la tiranía de los burgueses... ¡El socialismo ha triunfado ya... ja, ja, ja...!

Así se acostó; y muy luego ya no estaba en su casa, ni oía á su mujer, ni estaba borracho. Era cierto: el socialismo había triunfado.

Los reyes, los ricos, los nobles, los amos, los propietarios, los capitalistas, todos estos insectos habían desaparecido de la sociedad, como los otros insectos desaparecen de la naturaleza á la llegada del invierno. En la Puerta del Sol habían puesto sobre una enorme columna, un letrero colosal, que decía: «No hay tuyo ni mío; todo es de todos.» Delante de la columna doce ancianos, sentados en el suelo como los jueces árabes, vestidos de blusa, elegidos libremente por la colectividad española, administraban una especie de justicia, reducida á impedir que nadie usurpase lo que era de todos.

Habían cogido á un infeliz que ocultaba debajo de la blusa un racimo de uvas.

—¿Por qué—le preguntó uno de los ancianos, te permitiste usurpar á la colectivi-

dad esas uvas? ¿No sabes que la propiedad individual es un robo?

—¡Señor!—contestó el cuitado—pero un ciudadano que allí estaba cerca, arrimóle un cogotazo, diciéndole: «No sabes que ya no hay señores? Habla de tú á ese anciano...»

—Pues bien, amigo mío—siguió el acusado—yo he cogido estas uvas para mis hijos.

—¿Tus hijos? Y ¿quiénes son tus hijos? ¡Ya no hay hijos! Las ciudadanas dan á luz para la sociedad, y la sociedad es la que cuida de sus retoños. Si son pequeños ó mamones al *Lactatorio* que está en el Retiro; si son rapaces al *Jugatorio* que tenemos en la Casa de Campo. Tú para nada tienes que ocuparte en eso.

—¡Ay, amigo mío!—siguió el acusado—¡Es que los quiero tanto!

—Ese es un sentimiento retrógrado, de los ominosos tiempos del feroz individualismo... Tú ocúpate en trabajar y en instruirte para trabajar mejor... Por ahora no te castigamos; pero trasladarás tus hijos al *Lactatorio* más lejano, para que así no te perviertan esos indignos cariños.

El hombre protestaba; pero he aquí que otro llega corriendo al tribunal, y gritando: «Venerables ancianos, socorredme; un ciudadano se ha entrado en mi casa, y se lleva en brazos á mi mujer, quiero decir á mi compañera.»

—Pues ha hecho muy bien—contestó uno de los ancianos.

—¡Me gusta la frescura!—rugió el reclamante—pero esta no pasa; ¡mi mujer es mía, mía, mía!

—¡Blasfemo!—grita uno de los circunstantes—lee en lo alto de la columna: «no hay tuyo, ni mío; todo es de todos.»

Pero por allí vienen la robada y el robador. El es uno de los oficiales que trabajan en el taller de Miguel, y ella (¡horror de horrores!)... ella es Rafaela.

Miguel se abalanza como una fiera contra el grupo, gritando: ¡si esta es mi mujer! ¡Sí, es la mía!

Pero los ancianos exclaman: ¿Hasta cuándo va á durar tanta vergüenza? No se oye hablar más que de tuyo y mío, cuando todo es de todos.

Miguel se ha encarado con Pepe que es el raptor, y le dice: «maltrabaja, holgazán, ahora mismo voy á matarte.»

—Lo que vas tú—contesta con flema Pepe—es á darme las pesetas que me debes; porque á tí te han dado hoy diez y ocho reales de jornal, y á mi solo nueve, y esto se opone á la justa igualdad que debe reinar en la sociedad.

—Pero ¿te quieres comparar conmigo en el trabajo?—ruge Miguel.—A tí los nueve reales te los regalan, á mi con los diez y ocho, no me remuneran lo suficiente.

Esto no lo pueden sufrir los ancianos, y se levantan del suelo para castigar á Miguel; pero éste, arremete contra ellos á puño cerrado, y descarga un puñetazo tremendo sobre la cabeza del que le pareció más digno de respeto. Un ¡ay! estridente

responde al puñetazo de Miguel, y se oye la voz de Rafaela que, entre sollozos, grita: ¡bruto! ¡rebruto!... ¿Pegarme de esa manera?

Y Miguel responde:

—Perdona, Rafaela, ¡era una pesadilla!

De «La Lectura Dominical.»

## El hogar del buen obrero

Cuando Dios crió al hombre en el Paraíso, á pesar de dotarle de todos los bienes y beneficios que podía desear, comprendió que necesitaba una compañera de su vida para su mayor felicidad, y se la dió: creando de este modo la primera familia en la tierra; fueron dichosos y felices hasta que despreciando la Santa Ley que les impuso, faltando á ella y rebelándose contra su Dios y Creador, les arrojó de allí y les condenó á sufrir y trabajar, diciéndoles que *ganarían el pan con el sudor de su rostro.*

Así sucede que las familias cristianas, que llevan con resignación sus trabajos y penas son dichosos y felices en este mundo.

Vemos, por ejemplo, á un pobre obrero, que resignado trabaja todo un día para ganar un mísero jornal, pero, como comprende que ese es su destino, concluye por acostumbrarse á todo por penoso que sea, pidiendo á Dios únicamente le dé salud y que no le falte trabajo, por ser los únicos bienes con que cuenta para atender al sustento de su familia.

Y á pesar de ser tan triste la vida del obrero, resignado, come, canta y ríe, porque comprende que al repartir Dios los bienes y los males, colocó en el corazón del pobre la resignación cristiana.

De otro modo, si el pobre, el desheredado de la fortuna, mirara con malos ojos y con envidia á todos los que á su lado pasan en magníficos trenes, en lujosos automóviles, y ostentando riquezas, entonces el mundo se compondría de envidiosos; pero la virtud radica generalmente en la pobreza.

Por eso cometen una infamia los que tratan de arrancar del corazón del obrero esa virtud y resignación

cristiana con su suerte, que tan dichoso le hizo en aquellos tiempos, que ahora dan en llamar obscurantistas.

¡Qué feliz es el obrero que al caer la tarde, ve llegar la hora del descanso y regresa contento y satisfecho á su hogar en donde le espera el cariño de su mujer y las dulces caricias de sus hijos que le indemnizan de las fatigas del día, y le animan á prepararse para el trabajo del siguiente!

¡Cuánta felicidad se encierra en esos hogares cristianos tranquilos y satisfechos! muy al contrario de lo que sucede en los hogares en donde han entrado el odio y las ideas disolventes de la sociedad.

¿Cómo había de trabajar el obrero, sino tuviera una familia honrada á quien consolar y con quien consolar-se al regresar á su hogar?

Así, pues, el obrero debe desentenderse de todas las doctrinas que le predicán en los mitins, y que solo se dirigen á explotarle y llenarle el corazón de odios y rencores, haciéndole de este modo la vida insostenible, apartándole de la virtud y del amor á su familia, que para él, como para todos, es la mejor felicidad en este mundo.

A. ARIAS.

## EL SOCIALISMO

*Entre dos camaradas.*

—Juan ¿qué es socialismo?  
—Hombre, es una cosa bien sencilla. Socialismo es... por ejemplo: Yo tengo una pipa y tú tienes tabaco y me lo das.  
—¿Y después?  
—Pues me lo fumo.  
—Y yo ¿qué hago?  
—Tú, escupes.  
—Hombre, pues no me trae cuenta ser socialista.

## Caso reciente

Cierto que en el mundo hay muchos indiferentes en religión, muchos descreídos, pero es porque en el mundo hay mucha ignorancia en cuestiones religiosas, es porque en el mundo se lee mucho malo, es porque á la prensa liberal ó sectaria se la deja mentir y calumniar con entera libertad; si leyeran esos indiferentes, esos descreídos la prensa buena, la prensa católica, si se enteraran con más cuidado de las verdades eternas y las meditasen un poco, seguramente que cambiarían de conducta. El caso siguiente, que refiere «El Mensajero de Bilbao», es una prueba elocuente de esto que acabamos de decir.

«Las damas catequistas de Santoña salieron hace pocos días de aquella ciudad con un grupo considerable de republicanos y socialistas llevados á hacer ejercicios en el santuario de Loyola.

Cincuenta fueron los reclutados: todos andaban, por su irreligión y proezas de vivir, rozándose con aquel famoso penal del

Cantábrico: todos ó los más se comprometieron con las señoras, tan solo, á ser bien tratados durante cinco días, sin preocuparse del jornal, á comer bien, á viajar de balde.

Muchos pusieron la condición expresa de no confesarse. Vosotros venid con nosotros, decían las improvisadas capitanas. A nadie se le obligará á confesarse; dejaos llevar en tren y tratar como en una fonda, sin que os cueste nada: oid lo que se os explique, y el que se convenza, bien, y el que no, volverá lo mismo. Cogieron los cincuenta el tren de Santander á Bilbao, dejando varios de ellos á sus mujeres rezagando porque se iban ellos á la excursión y se quedaban ellas sin salario. Al parar el tren en la estación de Treto se encontraron con un camarada, que, al decir ellos mismos, le daba quince y raya en sus artes y trapacerías. Era un cochero de aquella comarca. Miren ustedes, les dijeron los republicanos á las señoras: Si buscan ustedes de lo más perdido para este viaje, ese compañero es buena pieza. Llamadle; y si quiere venirse, le costaremos todo.

Lo tomó al principio á broma, luego en serio: se le ofrecía la dificultad del servicio del coche, la orillaron buscando un mozo que le sustituyese; montó con sus compañeros y fué á encerrarse en Loyola. Este recluso cochero, lo mismo que los demás, después de recorrer á gusto el monumental edificio de San Ignacio, empezó á oír sus Ejercicios. Se fijó durante el día en el fin del hombre y en el desorden de los pecados.

Llegó la noche, se acostó; y no se atrevía á apagar la luz, de miedo. Las verdades eternas y el peso de su conciencia gravitaban sobre su corazón como si se le viniera encima aquella inmensa cúpula marmórea. Lo mismo estuvo la segunda y tercera noche hasta que se confesó. Contando él mismo estos terribles temores de conciencia decía: yo que pasaba las noches á veces en un mal corral á los pies de los caballos, no me atrevía por nada á apagar la luz para dormir en aquel pacífico Colegio.

Otro republicano decía con trasportes de júbilo: he estado contentísimo; he visto en los ejercicios cinco luces como cinco soles.—¿Qué? ¿Se te ha aparecido de noche alguna visión?

—No; pero lo que sostengo es que he visto cinco luces hermosas, como cinco soles.—¿Qué has visto, dí?

Pues la primera luz... que antes reventar, que pecar. La segunda que he de confesar y comulgar muchas veces. Las demás... no las digo...

En verdad, que tienen traza esas luces de ser más hermosas que todos los resplandores del siglo de las luces.

De cincuenta hombres perdularios, sólo uno dejó de corresponder á la gracia. Los demás se confesaron y comulgaron, salieron de Loyola cambiando el corazón y el entendimiento, abominando de sus engaños pasados y llenos de entusiasmo por la caridad de los Padres, por el orden de la casa, por la edificación de los jóvenes novicios, por la majestad del monumento, por la honradez y nobleza de toda la gente del país. Si á la venida preguntaban desde el coche en la bajada de Elgoibar cuando aparece ese D. Ignacio y su casa, estimándola á lo más como un buen amo de fábrica que les iba á obsequiar con una merienda; á la despedida ya mejoraron el concepto de D. Ignacio.

Delante de su estatua no se hartaban de dar vivas á San Ignacio y á los Padres y á la Religión y á las señoras catequistas. ¡Espectáculo edificantísimo para aquella gente vascongada ver á tantos golfos, como

ahora se llaman levantados del fango y colocados entre los escogidos del pueblo de Dios! Bajo el pedestal del santo, simpatizaban y hermanábanse admirablemente con los buenos vascongados.

Hicieron su viaje de regreso en las mismas condiciones que á la ida, pero con alegría bien diferente, con la paz de Dios que satisface al hombre todo. Al entrar en Santoña, donde eran conocidos por sus audacias y extravíos, edificó sobremanera verles con ademán compuesto, en pos de las señoras misioneras, con sus medallas al cuello, entre el repique inusitado de campanas y entonando cánticos de misión, dirigirse como en procesión á la Iglesia de dichas religiosas para dar gracias á Dios por los beneficios corporales y espirituales que les había hecho por medio de aquellas buenas señoras. Innumerable concurso acudió á la novedad, llenóse la Iglesia, resonó poderoso y triunfador el órgano acompañando al delicado canto de las religiosas en el coro, al que respondía desde abajo con robustas y valientes voces los conversos. ¡Escena conmovedora que arrancó muchas lágrimas de consuelo!

No se crea que el fruto fue pasajero. Dejaronse ver después entre sus compañeros de fechorías, sin avergonzarse de lo pasado, antes bien jactándose de haber conocido y emprendido el camino del bien, y aconsejando á todos á cambiar de vida. Sus propias mujeres están espantadas de la mudanza de ellos y andan diciendo que también ellas quieren ir con las señoras á donde fueron sus maridos. ¡Qué admirable es la Providencia en la conversión de las almas!—JOSE.

## REDENTORES DEL OBRERO

Los socialistas alemanes, tan popularizados por la prensa sectaria, están en plena desorganización.

Comienzan á descubrirse los secretos egoísmos de sus jefes; se ven las odiosas explotaciones de sus propagandistas.

Al celebrarse el Congreso socialista de Jena, Bebel y Singer han dado el más vergonzoso espectáculo.

Estos dos señores se disputaban la jefatura del socialismo alemán.

En pleno Congreso se echaron en cara los millones de marcos que poseen, oyendo estas manifestaciones de riqueza millares de obreros, á los que se les enseña el principio de que «La propiedad es un robo.»

## PARA DESENGAÑO DE OBREROS

—Le aseguro á usted que de esta han de quedar confundidos para siempre nuestros detractores, esos que dicen que el socialismo es malo y de pésimos efectos.

—Y yo le prometo á usted, señor don Victor Considerant, que si el socialismo logra salir triunfante, es decir, si llega á constituir una nueva sociedad en la que todos los hombres sean completamente felices, prescindiendo de «los antiguos moldes» como ustedes llaman principalmente á la Religión católica, yo le prometo á usted hacerme también socialista.

—Pronto, entonces, le tendremos con nosotros.

\* \* \*

A los pocos días de esta conversación, el famoso Victor Considerant, uno de los más decididos adeptos del «fourierismo», emprendió el viaje á América, al frente de una numerosa colonia socialista, llegando á instalarse en el territorio de Tejas que en aquel entonces aun estaba por civilizar.

No tardó una semana en dar señales de descomposición la flamante colonia. Como todo en ella era común nadie se entendía; y como no existían leyes reguladoras de los derechos y de los deberes de cada uno, todos se creían autorizados para todo y empleaban como argumentos los insultos y los golpes.

El mismo Considerant, maltratado y herido por aquellos á quienes pretendió hacer felices, hubo de huir de la colonia socialista refugiándose en una misión católica que no lejos de allí se encontraba.

Después se embarcó para Europa, sin que le quedase gana de volver á meterse en aventuras socialistas.

Los colonos se destrozaron en luchas intestinas, y sin fuerzas de cohesión, fueron destruidos por los salvajes.

\* \*

En el hecho, rigurosamente histórico, que hoy recuerdo pueden ver los obreros que no es el socialismo el llamado á remediar el malestar social, antes sí á agravarlo más y más.

La simple exposición de los hechos referidos es harto elocuente, harto clara, aun para los entendimientos más cortos; por lo tanto, me creo dispensado de extenderme en más consideraciones.

J. O. F.

## LO CORRIENTE

Un jefe revolucionario está almorzando cuando un criado le dice:

— Señor, un huelguista pregunta por V.

— Que entre; pero antes trae las patatas y retira ese pollo. No digan luego que me trato á cuerpo de rey.

## PARA LOS OBREROS

### El hambre y los derechos inalienables

De un diario católico de la Corte, copiamos los siguientes párrafos:

Si yo tuviera influencia con los obreros que, sin trabajo y sin pan, recorren estos días las calles de casi todas las poblaciones españolas, tomando con mal disimulada protesta el plato de rancho en los cuarteles ó el que la caridad les proporciona; si no temiera, además, que encontrarán los obreros ironía en mis palabras, les diría:

— ¿Por qué andais por esas calles con seriedad airada, llorando hacia dentro y exhalando quejas y formulando protestas?

¿Es que no teneis cabeza para pensar y si solo estómago y materia? ¿Por qué molestais con vuestras tumultuosas manifestaciones á las autoridades, que solo deberían mereceros admiración y respeto? Teneis hambre; en destartalladas buhardillas, ó tal vez en los bancos de los paseos, están vuestras esposas é hijos, tiritando de frío y pidiendo con lágrimas silenciosas ó con llanto alborotado un pedazo de pan para templar las fierezas del estómago vacío.

Todo ello es muy cierto. Pero no es este motivo bastante para quejaros. Oidme bien, obreros sin pan y sin trabajo. Oidme con ese oído de la inteligencia que nos separa de las razas inferiores. En vuestras casas, si las teneis, no habrá más que miseria y llanto; el Gobierno no podrá daros medios de ganar un jornal por modesto que sea; pero en las listas electorales encontrareis el bálsamo que cure todas vuestras heridas si sabeis anteponer las noble-

zas del espíritu á las flaquezas groseras de la carne. Allí, en aquellas interminables listas «con gran pulcritud y aseo,» aunque tal vez no con economía, se expone esa incomparable ejecutoria de ciudadanía moderna que nos llena de orgullo á todos los que sabemos apreciar y dar su verdadero valor á las ejecutorias. Id allí, y vereis vuestro nombre en aquellas listas. ¡Hambre, miseria, andrajos! ¿Qué os importará todo esto al ver que sois electores, que podeis ejercer libremente el derecho de elegir á los legisladores lo mismo, exactamente lo mismo, que los nobles más rancios y que los más opulentos capitalistas?

¿Qué os ha de importar el que os acogoten todas las miserias corporales si disfrutais de todas las esplendideces de la civilización liberal y os encontrais ahitos de derechos y de libertades? Podeis reuniros, si no os disuelven; podeis votar, si no os escamotean el voto; teneis Constitución, si no la suspenden; teneis Parlamento, teneis libertades de mil clases y colores, incluso jurisdicción militar, para ciertas solemnidades... ¿Qué más podeis desear? El hambre, con esta salsa de derechos individuales, es cien veces preferible á la hartura con vilipendio, con vilipendio de otros regímenes ominosos que á costa de mucha sangre, han sido enterrados en el panteón de la Historia. Id obreros, á las listas electorales á ver vuestro nombre y no molesteis al Gobierno con peticiones de trabajo. El ha puesto lo más, ha puesto los derechos y libertades; el pan y el trabajo son niñerías que no merecen la pena.

Esto les diría yo á los obreros si no temiera que lo tomaran como burla sangrienta.....»

Y aun nosotros les diríamos algo más; y es que, en parte, en esas mismas listas electorales podrían hallar fundamento para ir logrando el término de su angustiosa situación, si discurrendo por cuenta propia se decidieran á usar dignamente de ese derecho, no vendiendo sus sufragios, ni dejándose engañar por los logreros de la actual política, sino confiriendo la representación de sus intereses á gente de buena voluntad, de sanos principios y recta intención.

Pero la clase obrera se deja arrastrar por las alharacas de los innumerables vividores que tienen invadido el campo de la política y de la Prensa, siendo esta la causa, entre las mil desdichas que padecemos, de que los trabajadores tengan, «escritos en las leyes,» muchas libertades, muchos derechos; y envenenada el alma con el virus del odio, y torturado el estómago con el torcedor suplicio del hambre...

## LOS MEETINGS

(Antes y después)

«Señores: Es necesario hacer la revolución; todo aquí huele á podrido; todo huele menos yo. La sombra de Torquemada que aún nos persigue... (Ovación) El Vaticano artero que oprime á España... (una voz: bravo! (otra)!.. fuera!.. (otra): ¡que echen abajo por el balcón al que interrumpe!... ¡silencio!... ¡Ejem!... ¡fuera el de la tos) Digo pues, que la política de escapulario y pendón es la que nos ha llevado al abismo. (¡Muy bien!)... Yo vuelvo á afirmar que el jesuita... el Papa... la reacción... esa ola negra, esa nube

que avanza y que cubre el sol de la libertad... (aplausos delirantes)... esos son los que hay que raer muy pronto del noble suelo español; aquel día será el día de la regeneración sólo entonces seréis libres, seréis ricos... ¡vive Dios! ¿Queréis seguir siendo esclavos del fraile?... (cien voces: ¡No!) (Gritos ensordecedores vivas... muera... confusión... ¡Hay que arrastrarlos!... cortarles la cabeza! (El campeón con trágicos ademanes:) ¡Dejadme que corte yo la primera! (Bravo!... bravo! indescriptible ovación; el público saca en hombros á la calle al orador.)

Tres días después del meeting la Guardia civil cargó sobre el pueblo que ensayaba tan miserable lección mientras que, lejos del campo de batalla, el orador iba á cortar...

— La cabeza de algún fraile?

— ¡Cál el cupón.

Ram de Viu.

Zaragoza, Febrero, 1906.

## ¡CREDO!

¡Oh feliz culpa! ¡Oh persecución providencial y bienhadada!—empieza diciendo en una de sus interesantes crónicas el corresponsal en París de «La Gaceta del Norte.—Tú has soplado como viento furioso sobre la mortecina hoguera de la fe francesa y á impulso de tu furia los cuatro misereros sarmientos que allí lánguidamente chisporroteaban, han tomado cuerpo, se han inflamado, pegando fuego á toda la leña muerta que los rodeaba, hasta convertirse en foco imponente que amenaza consumir todo.

Gracias á ti son posibles, en pleno siglo XX, espectáculos tan hermosos, tan reconfortantes, tan sublimes como el de los tres oficiales de Saint-Servan, personajes de leyenda caballeresca, dignos de figurar en los siglos de oro de la fe.

— ¿Por qué os habéis resistido á descejar las puertas del templo?—se pregunta á los oficiales del 47 de línea, juzgados en el Consejo de guerra de Rennes.

Y éstos, en sus respuestas, casi desdeñan la cuestión legal ó jurídica por encastillarse en la cuestión moral, mil veces más alta, y como argumento supremo, victorioso, irresistible, replican: «Porque somos cristianos.»

No es exacto decir que desdeñaron, en absoluto, la cuestión jurídica ó legal.

Cada uno de ellos, en el principio de su declaración, comienza por invocar la razón de derecho que le exime de culpa legalmente; la requisitoria era ilegal porque no había auto de juez apoyándola, y la autoridad administrativa por sí sola, y sin estar cubierta por la autoridad judicial, no tiene facultades, según el Código francés, para entrar por la fuerza en ningún domicilio cerrado.

Pero los tres oficiales dieron ese argumento de pasada sin insistir en él «porque así se lo habían dicho los abogados», insinuó ingenuamente uno de ellos, añadiendo á renglón seguido que no es por eso por lo que desobedecieron, y que lo mismo ha-

brian rehusado su concurso si en la requisición no hubiese faltado ninguna de las condiciones legales.

—Nos negamos á obedecer—dijeron los tres—porque somos cristianos, y nuestra conciencia, que en nuestro fuero interno no confundimos con el honor, nos vedaba imperiosamente prestarnos á lo que de nosotros se exigía.

—Sin embargo—observó el general presidente del Consejo al comandante Héry, —en tiempo de guerra puede usted verse obligado á derribar á cañonazos una iglesia.

—Porque estará dentro el enemigo—replicó el comandante;—pero en la de Saint-Servan quien estaba dentro era mi Dios.

—La autoridad civil—dijo el mismo general al capitán Cleret de Langavant—cargaba con lo odioso de la medida, si odiosa era; por consiguiente, no contraía usted ninguna responsabilidad.

—En las cuestiones de conciencia, ó de honor—respondió el capitán,—no caben esas distinciones, mi general. Dispuesto estoy á todos los sacrificios, incluso el de mi fortuna, mi posición y mi vida, pero no del honor. Este me prohíbe ejecutar una obra de «apaches» propia solo de cobardes.

—Cuando entré en el Ejército—añadió el capitán Spiral,—me enseñaron que aquella bandera que juraba debía simbolizar para mí el campanario de mi iglesia, el hogar, la Patria, el honor. ¡Y ahora se me ordena violar un santuario! Faltaría al juramento que pronuncié sobre mi amada bandera.

Tales fueron las respuestas de los tres oficiales á quienes se les reconoce en su hoja de servicio «espíritu de abnegación y sacrificio; rectitud excepcional.»

El capitán Spiral tiene cinco hijos y el capitán Cleret de Langavant diez. ¡Y los dos son pobres!

¡Y los dos sabían, al subir el calvario de Saint-Servan, que al final de la cuesta tenían que escoger entre la deshonra y el pan de sus hijos!

Muy dignos de lástima son esos padres de familia, á cuyos hijos está sentenciando el Gobierno, en el momento mismo en que escribo, á muerte de hambre.

Pero más dignos todavía de envidia que de lástima.

Hombres de ese temple y de esa elavación de alma deben encontrar inefables compensaciones en la íntima satisfacción del deber cumplido.

Incúmbeles, además, el honor insuperable de servir de ejemplo y de edificación, y de enseñar á todos los católicos el tan olvidado secreto que los hizo en los siglos de persecución invulnerables, y á la larga invencibles.

Ese secreto consiste en entonar el Credo á la faz de sus enemigos, como han hecho los tres heroicos oficiales en el pretorio militar de Rennes.

## Como estos muchos

Ó LA CLEROFOBIA ANDANTE

El periódico *ilustrado* «Los Sucesos» destinado á popularizar el crimen, á hacerlo menos horroroso al pueblo á fuerza de describirselo minuciosa y gráficamente, parece que es de los que han entrado en el complot masónico de *calumniar al clero, desprestigiarlo por todos los medios imaginables* á juzgar por su afán en publicar *crímenes de curas*, inventando la mayor parte de las veces pueblos, fechas y perso-

nas para evitar rectificaciones siempre molestas.

Hace muy pocos meses, dos á lo más, traía el aludido periódico el correspondiente dibujo de una *dramática lucha en el Colegio de la Inmaculada Concepción de San Pedro de Moutorio*, en el que novicios y frailes anduvieron á tiros y puñaladas. Escribimos carta certificada al prior de dicho convento con la advertencia en el sobre de que, caso de no encontrarse al destinatario nos fuese devuelta; sucedió como nos presumíamos; á los pocos días volvía dicha carta con la nota de correos de que ni existía tal convento ni tal pueblo.

Se trataba, pues, de uno de tantos infundios acerca de la órdenes religiosas.

Algo íbamos á decir de esto cuando en otro número de «Los Sucesos» (conste que nunca compramos este periódico, lo vemos alguna que otra vez por casualidad) leímos el caso de un cura de la Roda (Albacete) que, impulsado por los celos, *cometió* un doble crimen. Llamábase el criminal don José Antonio y titulábase el suelto «Los crímenes de un cura» con sus correspondientes dibujos, en uno de los cuales está el sacerdote disparando sobre la mujer con un revólver y en el otro, disparando sobre el hombre (los tiros fueron simultáneos) con una escopeta.

El arte de birlibirloque puede mucho en estas transformaciones.

Si hemos de ser francos no creíamos el suceso, como no creemos en la mayor parte de los de esta clase que se atribuyen al clero y á las órdenes religiosas, por la razón arriba expuesta.

A confirmar esta creencia viene el siguiente suelto de «La Gaceta del Norte»:

«Hace poco publicó *El Liberal* «en» Bilbao un telegrama, fechado en Ronda, dando la horripilante noticia de que un sacerdote, llamado D. José Antonio, había herido de un tiro á su criada y de otro tiro á un hombre.

La noticia es completamente falsa.

En carta que hemos recibido de Ronda se nos ruega la desmintamos rotundamente, asegurándonos que no solamente no existe en aquella población un sacerdote con el nombre de José Antonio, sino que tampoco ha ocurrido nada de cuanto en la calumniosa noticia se dice.

Lo cual nos complacemos en hacer público para que se pruebe una vez más la facilidad con que ciertos periódicos acogen y propagan cualquier noticia, por absurda y falsa que sea, que redunde en perjuicio de los ministros de la Religión católica.

Veremos si rectifica *El Liberal*.

¿Rectificar?...

No acostumbran los tales periódicos á eso, si rectificasen los errores que cometen, cada número sería, como dijo alguien, una *fe de erratas* del anterior y su desprestigio completo entre los que no leen más periódicos que estos, cuya misión no parece ser otra que difundir la inmoralidad, el descreimiento, la difamación, el crimen.

¡Pobre pueblo que tal prensa lee, que con tales doctrinas se alimenta!

Y por que esta clase de periódicos son los de más circulación, así va todo.

Por esto una vez más suplicamos á las personas de... buen gusto siquiera, nieguen en absoluto su ayuda á semejantes papeles, propios sólo de corazones pervertidos que se complacen en la propaganda del mal, en difamar al prójimo, en calumniarle, en combatir contra todo lo que sea orden, moralidad, virtud...

J.

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

### ROOSEVELT Y LOS RELIGIOSOS

Mientras en la católica Francia se arroja á los frailes y en la católica Italia se grita por algunos contra su llegada, será bueno recordar, á modo de contraste, las palabras dichas por el Presidente de los Estados Unidos acerca, precisamente, de los religiosos expulsados de Francia que han emigrado á la gran República norteamericana.

Mister Roosevelt ha dicho:

«¡Que nos manden los más que sea posible. Tratándose de esta clase de inmigrantes, nunca estarán de sobra!»

Tan noble deseo está en vías de comenzar á cumplirse.

El Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que ha llenado á Francia de escuelas y establecimientos modelos, ve á sus religiosos, desterrados de su patria, dirigirse al nuevo continente. Sabemos, por conducto que merece crédito, que la casa matriz ha recibido de los Estados Unidos y del Canadá cartas en que se le piden casi un millar de religiosos.



## “EL AMIGO DEL POBRE”

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

### Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. . . . . 7 pts. al mes.  
100 núms. (50 por quincena).. 4 » al »  
50 » (25 » » ).. 2 » al »  
24 » (12 » » ).. 1 » al »  
10 » (5 » » ).. 0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón